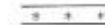


El ocaso de los intelectuales

Danilo Cruz Vélez

*T*an importantes en épocas anteriores, tan decaídos hoy, los intelectuales no dejarán, sin embargo, de cumplir un oficio esencial en el desarrollo humano. Del reciente libro de entrevistas de Rubén Sierra Mejía, filósofo, a Danilo Cruz Vélez, probablemente la más lúcida mente filosofante de América Latina, transcribimos a continuación un tema actual, agudamente expuesto.



Rubén Sierra Mejía: En cierta forma toda la obra de El mito del rey filósofo se ocupa del papel del filósofo y en general del intelectual en la vida social y política. En "El ocaso de los intelectuales en la época de la técnica", texto publicado en Tabula rasa, analiza el problema de manera más específica, llegando a una conclusión un tanto pesimista. Pero en El misterio del lenguaje, en el artículo "La crisis del mundo actual y la filosofía", al que usted aludió en nuestra conversación anterior, retoma el problema, pero a mi modo de ver le da al intelectual y en particular al

filósofo una tarea más activa en relación con la vida social: una tarea eminentemente crítica.

Danilo Cruz Vélez: Lo que usted dice, Rubén, me parece bien observado, pues entre el problema del rey filósofo y el problema del intelectual de la época actual hay una relación innegable. Claro que el problema del intelectual tiene un carácter diferente, en el que debemos insistir. No se trata de si el intelectual debe gobernar, como Platón lo pedía para el filósofo en La República. Ahora se trata de la pérdida del poder social por parte del intelectual, que en épocas anteriores lo tuvo de manera

eminente. La época actual es la época de la técnica. De ahí el título de mi trabajo a que usted se refiere, "El ocaso de los intelectuales en la época de la técnica".

Después de la Primera Guerra Mundial hubo una gran explosión de dictaduras contra las cuales tuvieron que luchar los intelectuales. Pero después de la Segunda Guerra Mundial, desaparecieron esas dictaduras de derecha y luego del derrumbe del comunismo desapareció el resto de focos dictatoriales. De manera que ahora el intelectual no tiene que enfrentarse con el tirano sino con la técnica, la cual encierra un mayor peligro que la tiranía. El tirano puede perseguir al intelectual pero no lo puede destruir de raíz; a lo sumo puede hacerlo desaparecer temporalmente, mediante la cicuta, la horca o la guillotina. Pero estos procedimientos son contraproducentes. A veces cuando el intelectual desaparece coge mayor fuerza. Un ejemplo es Sócrates. El ejemplo clásico. Mientras que la acción de la técnica moderna es radical, pues no termina con la vida del intelectual, sino que pone en peligro su función esencial.

RSM: *En qué consiste esa peligrosidad de la técnica que amenaza la tarea del intelectual en el mundo moderno?*

Danilo Cruz Vélez: Lo que ocurre en la época de la técnica es que se desplaza el saber propio del intelectual y se lo reemplaza por un

saber calculador. El saber del intelectual surge —como se decía desde los griegos— del asombro frente a la trama de la realidad, ante la dificultad de captar la esencia escurridiza de las cosas. Nace además de una incertidumbre, de una inseguridad frente a esa realidad. A veces se habla de problematismo, de que el saber esencial es un saber problemático, que nunca está seguro. Mientras que el saber técnico está movido por un impulso a controlar y a dominar la realidad, no a desvelar la trama exterior. Esa es su tarea esencial. Mediante un saber que sólo admite, de acuerdo con esa meta, lo que se puede fijar, medir y calcular con la ayuda de procedimientos matemáticos y mediante los instrumentos técnicos, imaginados y fabricados para lograr dicho dominio y control del mundo. A este saber técnico de rendimiento no le interesa lo problemático, sino sólo lo que es seguro para sus propósitos de dominio. Al saber esencial, en cambio, sólo le interesa la iluminación de los fenómenos, el esclarecimiento de esa filigrana de las cosas de que hablaba Nietzsche. En esa forma el saber esencial del intelectual comienza a ser relegado, y a ser colocado en el campo de la fantasía. Ese peligro surge en la época actual cuando la técnica llega a su perfección. El campo propio de la técnica científica fue primero la naturaleza, lo que Descartes concibió como la *res extensa*. Por medio de lo cual el

pensador esencial, que es el del padre de la filosofía moderna, hace posible la física matemática, porque la física aristotélica concebía la naturaleza en una forma diferente, como una totalidad viva, tendiendo a finalidades, etcétera. Y Descartes, en oposición a esta concepción aristotélica, dice que la naturaleza es *res extensa*. Y lo que es extenso se puede medir. Pero la técnica, en su progreso, rebasó la naturaleza, la *res extensa* de Descartes, y pudo, después de dominar el mundo orgánico y el mundo inorgánico, penetrar en el ámbito del átomo y en el de la célula, hasta llegar a conocer minuciosamente sus respectivas estructuras. Ya tuvimos oportunidad de hablar de ese proceso, y por lo tanto no debemos repetir lo dicho. Pero después de cumplir ese programa, en la época actual, comienza a aplicar sus mediciones y sus controles a la *res cogitans* de Descartes, que es el mundo de la interioridad, la condición peculiar del hombre. El hombre como persona. Repito, con ello sus cálculos y sus mediciones comenzaron a extenderse al mundo específicamente humano, convirtiéndose en una técnica del control de la conducción y manejo de la intimidad del hombre, de su voluntad, de sus decisiones y valoraciones, de sus ideas políticas, de sus creencias, de sus diversiones y, en síntesis, de la clarificación de su vida.

Uno de los efectos de semejante cambio, de esa ampliación del

campo de acción de la técnica, que pasó del dominio de la naturaleza al dominio de la intimidad, de lo específicamente humano, fue que el técnico empezó a desplazar en gran medida al intelectual, quien había ganado su poder con ayuda de la razón, de la fantasía, de la esfera de las emociones y de los ideales, los mitos, los símbolos, la fuerza de las palabras, de su belleza y de la verdad. Y como todo esto comenzó a ser invadido por la técnica en la ampliación de su dominio, en ese mismo momento comienza el desplazamiento decisivo del intelectual. En la primera época de la técnica, antes de llegar a ese rebasamiento del dominio del mundo inorgánico y orgánico, se experimentó un entusiasmo extraordinario, el gran entusiasmo que hubo en la Época Moderna por el progreso, del que fueron defensores grandes intelectuales. Con este rebasamiento los intelectuales comenzaron a ser desplazados. Ya no valía nada de lo que habían dicho ni siquiera en relación con lo que decían acerca del progreso técnico. Ese es el problema, en el fondo, ésas son las fuerzas que han actuado en lo que yo llamo el ocaso del intelectual en la época de la técnica.

Pero hay otro problema. La técnica moderna tiende, por decirlo así, a obstaculizar un aspecto esencial de la actividad del intelectual. Me refiero a su actividad como escritor: el decir del escritor, del intelectual, es un decir algo a alguien. Y ese alguien

ha sido, en la Epoca Moderna, la
clase media ilustrada. Pero ésta se
cinematografía, la televisión para
crear una sociedad de consumo que

misma, ni la verdad sino el
entretenimiento, la diversión y el

pesimista. Pero éste es un proceso
histórico, y todo proceso histórico

pesar de los tiranos, de las persecuciones, de las aniquilaciones, una terquedad asombrosa, que lo ha mantenido vivo. Qué importa que no tenga lectores, qué importa que su producto no tenga consumo, qué importa que no tenga poder social, ahí sigue, a veces en la soledad, sigue trabajando, sigue escribiendo poemas, novelas, sigue pintando.

Y ahora su pregunta, ¿cuál es entonces la función del intelectual? Ciertamente debe ser una función crítica, casi que no habría que decirlo, pues la crítica siempre ha estado presente en su trabajo. En nuestra época será entonces la crítica de los aspectos negativos de la técnica. Usted sabe que hay toda una literatura en torno a ese problema. Sobre los intentos, por ejemplo, de crear conciencia de que hay que defender el mundo natural, que es un aspecto del ámbito del hombre, que hay que defender los ríos, que hay que defender los bosques. Y que hay que defender también el mundo cultural, las ciudades con sus tradiciones arquitectónicas y sus patrimonios artísticos, etcétera. Y todo esto se está expresando no sólo a través de artículos polémicos sino también a través de la poesía, de la novela, de la filosofía. Esto salva al intelectual de no ser arrastrado por la corriente. La corriente sigue, es un proceso histórico inevitable; llegará un momento en que por fuerzas internas de la técnica misma, ésta tenga que frenarse y ceder su

poder. Pero no sabemos cómo ni cuándo vaya a suceder este cambio.

RSM: *Podríamos concluir entonces que la tarea del filósofo y en general del intelectual no es el poder sino la crítica. Dicho en sus propias palabras, que los filósofos se conviertan en "guardianes solícitos en torno al ser fáctico del hombre".*

Danilo Cruz Vélez: Sí, exacto. Ese curso histórico, como cualquier otro curso histórico, debe tener un vigilante, esa función de vigilante no se trata de la *polis*, sino de la morada del hombre. Y esa vigilancia de la crítica del intelectual debe dirigirse, no a lograr poder político como para que sus ideas se conviertan en una realidad social, sino a mantener vivas las preguntas por el ser peculiar del hombre y de su mundo propio, que es la cultura, mantener vivas las preguntas por el *ethos*, por el ser de la historia, por el ser de la comunidad, del Estado y de la ley, que debe regir la coexistencia de los hombres en él, mantener viva la tremenda pregunta por el fundamento último de todo esto. Esa debe ser su función esencial mientras haya un proceso interno, histórico, un cambio producido por la historia misma. Manteniendo vivas estas preguntas, se mantendrá abierto el gran horizonte en que se despliegan todos los procesos históricos y en el cual el intelectual mismo podrá ser un colaborador de las otras fuerzas que mueven la historia.☺